



Matilde Casazola Mendoza



MATILDE CASAZOLA MENDOZA

TRÍPTICO

Matilde casazola mendoza

Tríptico



Colección
Lima Lee





MATILDE CASAZOLA MENDOZA

Matilde Casazola Mendoza

Nació en 1943 en Sucre, Bolivia.

Es poeta, compositora e intérprete en canto y guitarra, con una trayectoria literaria y artística de más de 50 años.

Ha grabado varios álbumes con sus canciones, las cuales son interpretadas por músicos bolivianos y extranjeros de diversas generaciones y estilos. Además, ha publicado 19 libros de poesía, entre ellos Los ojos abiertos (1967), Los cuerpos (1976; 2017), El espejo del Ángel (1981), Los racimos (1985), Y siguen los caminos (1990), Estampas, meditaciones, cánticos (1990), Poesía y naturaleza (edición bilingüe castellano-alemana, 1993), La noche abrupta (1996), Este amor que enmudeció la garganta de las aves (1999), Las catedrales subterráneas (2008) y Jardín de claroscuros (2013). Asimismo, publicó su primer compendio recopilatorio Obra poética en 1996, y, posteriormente, en 2015 y 2016, respectivamente; además, sus poemas han sido publicados en diversas antologías internacionales.

Ha recibido numerosos premios, entre ellos el Premio Nacional de Cultura de Bolivia (2017), el doctorado honoris causa de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz (2017), el premio al pensamiento y la cultura «Antonio José de Sucre» (2003), el premio «ORFEO Músico Latinoamericano», en Valencia, España (2002), el Escudo de Armas de la ciudad de Sucre por mejor compositora nacional (2000), el premio UNESCO «Cerro Rico de Potosí» (1999), el premio a la cultura «Manuel Vicente Ballivián» y la medalla «Juan Frías de Herrán» (2019) de parte de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de la ciudad boliviana de Sucre.

Tríptico

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

TRÍPTICO

Los cuerpos

Si fuéramos ingrávidos,
la verdad estaría con nosotros
y estaríamos tan alto
que el miedo no podría acercarse
a lamernos los pies.
Pero mi cuerpo y tu cuerpo caen
se retuercen en mísera carne,
desfallecen
y amotinan sus huesos una y otra vez.
Retornan a engañoso paraíso
y en un poco de agua
beben el ciclo.
Pero es más fuerte el lazo que los une a la noche,
y enamorados caen
vuelven a caer
sin comprender que son arcos tendidos
en busca de la muerte.
¿Qué resurrección para mi cuerpo?
Amé su barro, amé su forma torpe
de eternizar la dicha
sus victorias terribles para alcanzar

la flor colgada en las alturas;
amé sus ojos tristes
como flores abiertas para siempre;
sus incontables fugas y regresos.
Amé mi cuerpo venciendo las distancias,
amarrado al camino dulcemente
en las tardes de oro
y en las tardes de sangre maldiciendo
su forma, su ser débil.
¡Qué absurdas sombras fuéramos
pasando, libres ya de su atadura,
almas blancas de luz, sin su esqueleto firme
sin sus heridas, sin su dolor a cuestas!
¿En qué espejo mirarnos, en qué lago
reconocer nuestra tiniebla enamorada y nuestro lirio?
Cuando los vientos al oído
de generaciones ignoradas aún
pasen su cinta de memorias,
hablarán de tus manos
de tus anchas espaldas
de mi forma de andar descalabrada.
¡Oh raíz que me unes a la sombra
que me vuelves a traer después de largos viajes

que no me dejas paz!
Por ti gusté de las manzanas y el crepúsculo
regocijé mis dedos en las cuerdas sonoras
conocí la medida y acaricié la forma
¡y olí rosas!
Me trajiste y llevaste en negras procesiones.
Un día seré luz
y daré color y vida al árbol debajo del cual ha de estar
mi propia sepultura,
—mas no en la misma forma
como mis ojos cazaban estrellitas—.
¡Oh inocencia de ser
pesada culpa!
Mis pies hirieron los caminos
y atajé con mis brazos la alborada.
Mejor estuche no ha habido
para la humilde ofrenda.
El cansancio se renueva cada tarde,
pero los ojos se niegan a cerrarse.
¿Hacia qué sitio dirigir nuestros pasos
que no sea otra ofensa?
Rogad por mí y mi cuerpo engalanado
en multitud de raros dones.

I

Amo mis huesos
su costumbre de andar rectos
de levantar un semicírculo
para abarcar el cielo
de encadenarse en filigranas diminutas
para favorecer el movimiento;
amo mis huesos con sus cuevas
sus salientes
y sus curvas profundas.
Si hubiera sido insecto,
también habría amado mis antenas
como amo ahora mis ojos con sus cuencas
y mis manos inquietas
y toda esta estructura
en la cual vivo
en la cual soy completa.
Y le doy gracias al discutido Dios
de creación perfecta o imperfecta
de existencia absoluta
o no existencia,
le doy gracias

en uso
de mi cuerpo y su esencia.
Al menos, comprendo su intención:
sé que era buena.

II

Era hermosa mi piel, os aseguro.
La fruta más lozana
no pudo compararse a ella.
Mis venas la surcaban,
verdes ríos,
y mis huesos
dábanle singular orografía.
El tiempo y el camino
la fueron agrietando;
mas mi piel removió sus muertas galas
y extrajo desde el fondo
un encanto más claro.
¡Oh cáscara soberbia,
depositaria de mi sangre
de mi pequeño mundo organizado!
Contigo he caminado

enjaulada por sombras y por luces.
Bien hayas tú en la superficie,
recibiendo los golpes
absorbiendo tesoros invisibles
rozándote con otros hombres.
Era hermosa mi piel
(bordado del anverso del mantel
que atrás en nudos y complicadas geometrías se revela),
os aseguro; la fruta más lozana
no pudo compararse con ella.

III

Eran dos ojos, dos hermanos
que se daban la mano.
Eran dos ojos, dos paisanos
que habitaban lugares cercanos.
Era un monte que había que cruzar
que subir
para llegar de uno hacia el otro:
una sola nariz,
desafiante
al medio de ambos.

Era una sola boca
decidora
de frases incoherentes
o bonitas,
de frases hirientes
que, como hormigas,
negrean en su pulpito sagrado.
Eran también dos túneles
a los costados:
dos orejas, tubos bien logrados.
Era un paisaje
extraño,
provocativo,
dulce y áspero.
Ay las estrellas
que se encienden y se apagan.
Ay los cabellos
que enmarcan este cuadro.
Eran dos niños que crecían
que no dormían no dormían
por descubrir el lugar
donde el tesoro está enterrado.
Era un rostro gentil
y simétrico,

sin saliente demás
ni hueco.
Las arrugas vendrían después
y las heridas
profundas
que alterarían
sus ámbitos perfectos.

IV

El vidrio de los ojos capta todo
lo que a su paso encuentra:
lo transporta por tubos interiores
hasta oculta despensa.
El vidrio de los ojos, cristal duro;
singular prominencia.
Desde ellos, como desde una cumbre,
nos asomamos a contemplar la tierra.
El vidrio de tus ojos un misterio
en lo profundo lleva:
sus miradas me envuelven como una
diseminada niebla.
Los ojos son guerreros vengadores

son cápsulas de ciencia
vidrieras deslumbrantes o vacías
inescrutables piedras.
El vidrio de los ojos va muy lejos:
alma adentro penetra.
Un eterno vigía nos esconden
sus irisadas vetas.

V

Nunca los vi, jamás, como hermanitos.
Siempre los vi con perlas estancadas
con caudales de luz interrumpidos
con lagares dormidos, con sollozos.
Con sus barcos gemelos y ligeros
sugieren engañarme; pero intuyo
sus voces diferentes, sus aristas
dispares, sus cristales heridos.
Oh mis ojos con su sueño remoto
con su sueño remoto y perdido.
Mis ojos son amigos de hace tiempo:
comparten pan y techo, luz y llanto.
Pero tienen dos nombres, pero vienen
de lugares distintos.

VI

Los cabellos sufren
nuestra ansia de mar
sorben
nuestra angustia
lenta, envenenada.
Los cabellos se alargan
buscando la quietud
la tierra
horizontal.
Los cabellos raíces
o ramas
extraña floración
de un cráneo grave.
Nuestro secreto quizás
pudieran revelar
los cabellos
esparcidos,
juguetes de vientos malos,
una y otra vez cortados.
Los cabellos, hilachas
de sol

habitantes pacíficos
de una ciudad convulsa.
Subirán hasta el frío
y adquirirán la nieve.
Albergarán trinos
de pájaros
patas
de arañas grises.
Y en plazoletas de la muerte
cabalgarán nuestras cabezas
los cabellos
erizados
jinetes.

VII

La extraña planta
nardo tardío
orquídea trasplantada
girasol de deformes
capullos,
culpa de sus raíces torturadas;
la divina cabeza,

generadora de luces de esmeralda,
de verdades supremas
músicas
regocijadas,
moría en lo profundo
por callejas obscuras
y enmohecidas salas,
nido siniestro
de arañas de mil patas.
Y por fuera lucía
aureola cándida.
Le enterraron la sombra,
hasta el olvido;
todo lo que quedaba
de su cuerpo infeliz sobre la tierra,
y aquella cabeza
extraña
todavía emitía claridades
descubría ventanas
filosofaba cáusticas verdades,
músicas engendraba.
Y en su fondo,
los gérmenes terribles
aún tendían sus ramas

desorbitaban peces
masticaban
hojas envenenadas.
¿Dónde estás
oh divina cabeza,
donde tu mano amiga
tu pausada verdad?
Le enterraron
hasta su propia muerte
y aún tenía
la frente iluminada.

VIII

Mi sonrisa es gratis;
mi mano es más cara.
Las dos son limosnas
que ignora mi espalda.
Mi sonrisa es buena;
no arguye. Perdona
las ofensas leves;
ilumina el alma.
Mi sonrisa es llama violenta:

florece por nada.
Mi mano es un poco
más difícil; cierta
cautela la enguanta.
Pero pronto se abre,
generosa, para
cortar las distancias.
... A veces la llaga
es atroz. Mi pobre
sonrisa se escarcha.
Es pájaro herido
de quebradas alas.
Mi mano quisiera
volver a guardarse
la palma tendida,
los saludos ágiles.
Entonces, mi espalda
erige en la noche
sus ángulos fríos;
su arena
sin ojos ni boca.
Mi espalda
levanta su roca.
(¡Qué blanca es la nieve!)

Mi sonrisa es gratis.
(—Véndame naranjas—).
Mi mano es más cara.
(¿En qué ventanita
comienza la noche?).
Las dos son limosnas
que ignora mi espalda.

IX

Cada día el milagro
de afirmar los pies en tierra
y caminar;
raíz suelta buscando
su ubicación perfecta.
El cuerpo, tallo firme
recorrido por savia generosa.
Los brazos, ramas libres.
Las dos manos
sus sensitivas hojas.
La cabeza, flor única y extraña
girasol de mil pétalos
que acarician

temblorosos, los vientos.
Pero los pies nos llevan
lejos…
Nos acercan
hasta la boca misma
del horno;
nos rodean
de paisajes diversos;
rondan interminables,
olfatean
la hierba
y obscuramente danzan
perseguidos
por un demonio familiar.
¡Oh pies jadeantes!
No podrán
salvarnos
del derrumbe
que amenaza destruir
nuestro templo soberbio.
Los pies se detendrán
al fin
en postura incoherente:
fatigada raíz

que halló su punto de sosiego.
Y tanta geografía
como aprendieron,
se irá aquietando
entre sus curvos dedos.
Plataforma del mundo,
ellos nos comunican con la tierra.
Raíces tercas
buscando
su ubicación perfecta.

X

En las cajas torácicas,
los corazones golpean su fandango.
Están en plena farra,
ciegos de alcohol y lumbre.
Abren y cierran caudaloso párpado
laten pañuelos rojos
se regocijan en su salto.
Analfabetos
poderosos
ignorantes del diario y el camino,

viven neuróticos por atrapar el tiempo
y dispersarlo.
Soles de nuestro cuerpo
relojes sumergibles y automáticos.
—Dios gusta a veces
de sentarse a reposar en su triángulo—.
Irresponsables de nuestra ruina
cada vez más cercana,
saltimbanquis gloriosos
nos acompañan
como si nada hicieran.
Este lunes a las once de la noche,
los corazones están locos
nacen y mueren incontables veces
en sus cajas torácicas.
Nosotros mansos,
nos saludamos,
esqueletos
uniformes y abrigados.
Conversamos del hambre
y atendemos negocios importantes.
Los corazones, no.
Enterrados
en su cárcel estrecha, zapatean

sollozan
se regocijan en su salto.
¡Oh tambores que tanto resuenan
este lunes a las once de la noche
todos los corazones convocados
para pedir aumento de salario
o ir a la huelga!
Cuidado:
El mundo de los corazones
es blindado.
Arriba, los planetas
observan
girar su calendario.
Ciegos de alcohol y lumbre,
golpean y golpean su fandango.

XI

Las manos sudorosas
callosas
de tierra y negro polvo trascendidas,
las manos con olor a maquinaria
se han metido para siempre en mi vida.

Cuando me rodeaban en mi cuna,
¿mis padres no pensarían
en dos manos labriegas
que me miraban con ternura?
Cuando asistí a la escuela
y llevaba el estandarte en los desfiles,
¿no vi dos manos ennegrecidas
abrazando la bandera
victoriosa de las fechas cívicas?
En las noches de insomnio,
las manos agrietadas
son flores que me miran desveladas.
En el filoso brillo
del mediodía,
azul cuchillo
las manos
son pájaros
que vuelan alto.
Que queden
para mi muerte
lámparas encendidas,
las manos de tierra y negro polvo
trascendidas.

XII

Cuando yo muera
y mis huesos
cal sumisa ya sean,
no confiéis ni en mis ojos
ni en mis labios
pétalos de rosas secas
ni en mi cuerpo de esfinge,
ni siquiera
en mis cabellos, lianas,
algas de largas hebras.
Confiad solo en mis manos
sobre el viento ligeras,
definitivamente libres y solitarias
cuando yo muera.

La ciudad cerrada

1

Estremezcámonos:
la vida es movimiento.

Moscas rondan y rondan por mi espacio
(este pequeño espacio
de cuatro paredes alquiladas).
Nunca las tomo en cuenta
a no ser para darles el final golpe de gracia.

Mis pies se asientan
buscando tierra firme
—invisible circuito de vida los recorre—.
Pero mis pies apenas saben
de cemento y de hierba;
no se preguntan nada
y continúan caminando ciegos.

Toda la vida está llena de tentáculos ágiles
que alcanzan o reciben

depositan tesoros
aletean promesas.

Con títulos firmados
límites, reglamentos
pasamos la maravillosa aventura de vivir nuestro turno
uniformados en legiones obedientes
y casi olvidándonos de lo que somos.

Bendita orilla
paraíso sin nombre todavía
donde poder oír el ritmo de nuestra propia sangre
y acordarnos nuevamente
de la verdad eterna.
Donde hasta la serpiente sabe por qué vive.
Donde no hay que inventar razones
para justificar nuestra presencia.

¡Oh bancos del Estado
monedas rodando por las calles
oh múltiples pelucas
de ciento tres coma un colores!
Pero la industria se iría por los suelos
y la patria y su bandera, y el progreso.

Pero diremos qué felices somos
sentados a la mesa
con cubiertos dorados.

Estremezcámonos, siquiera entonces:
Señoras y señores
la vida es un amable sueño
con cine y macetitas decoradas de antemano.
Viva la vida
y los pies encerrados en vistosos estuches.
¡Adiós cerros inaccesibles y lejanos!
no servís para nada
a no ser para poneros
en alguna vitrina al precio de ocasión.

2

¿Quién ha hecho estas casas
estos puentes
estas vías del tren?
Otros hombres que fueron antes que yo.
Sus mentes idearon
sus manos dieron forma.

Otros hombres se mueven
independientes de mi angustia
de mi satisfacción o de mi muerte.
Otros hombres respiran
se manejan
organizan su vida
en olvido completo de mi nombre y su causa.
Y sin embargo alguna vez fuimos la misma boca.

Oh puertas que nunca llamaré
oh mejillas
vírgenes de mi aliento.
Silbando paso frente a tu abandono
y me alimento a espaldas de tu hambre.

Alguna vez en una esquina
nos presentaron:
«Para servir a usted ¡qué gusto!
(Pero no te inmiscuyas demasiado en mi vida)».

Y sin embargo hubo brazos abiertos.
Todo comenzó sencillamente
como empieza un cuento.

Para ti y para mí, para nosotros y ellos
tus hijos y los hijos de tus hijos
sembrad la tierra
perpetuad la especie.
He aquí el aire
he aquí el agua,
todo es vuestro.

¡Ay! ¿Y el alma Señor,
y nuestros túneles secretos?
¿Estas casas derruidas y este edificio nuevo?...

Allá lombrices diminutas
los hombres se debaten
transitan empujándose
leen los diarios y mastican chicle
se quitan el sombrero frente a la iglesia
meditan el problema de la luna.
Firman su testamento
rezan solos o no rezan
llevan a cabo sus empresas
mueren en hospitales amarillos
y vuelven a nacer en blanca cuna.

«¡Qué hermoso hubiera sido
ver el mar!
Tus cabellos plateados
el viento ondularía.
¡Subir a la montaña!
Mi aliento el viento frío
escarcharía».

El libro que olvidamos
en el parque
sobre un banco de piedra,
se ajó:
el viento jugó con él noches enteras.
Las hojas de la dicha
se han perdido
las del dolor están casi borradas
y miles de hojas blancas
han volado
al jardín de los sueños imposibles.

«Mejor nomás que me compre
los zapatos que vimos en la tienda,
apúrate
cuidado que no quede ya mi número».

«Y no te olvides de traer a tu amigo
cuando vengas mañana por la tarde».

«¿Dice que murió don?...
pobrecito. En paz de Dios descanse».

Sueño tu paraíso
como un cuadro infinito, innumerable
sin título
sin ley de residencia
sin humo ennegreciendo lo habitable.
Tu paz, solo tu paz
tu paz como Vos sabes.

3

Por esta calle también pasan las viejecitas
a su misa de siete,
también el aire llena de azules pensamientos
el despertar el día.
Porque esta calle está llena de encantos
para los que han nacido en ella y aquí viven.

Pero mi corazón no entona. Sus colores
fantásticos se oprimen
al pisar las veredas.
Porque esta calle le habla en otro idioma
y él se hunde en niebla espesa de memorias
pasadas
buscando el sol y el cielo de otro sitio,
las calles encantadas
por donde ambulan animales campesinos
y las casas relumbran con sus tejados rojos y su cal;
buscando las estrellas como arañas de plata,
ese ser de las cosas que no cambian.
Su propia sombra
detenida en el viento lugareño.

¡Grande es la tierra,
y ya el lugar amado
está muy lejos!

Grande es el cielo
y diferente para cada sitio.

El corazón analfabeto
no entiende de lecciones primorosas:

él busca la quietud sabida de memoria
todo el tiempo.

Él busca su reflejo,
su lago verdadero.
Lo demás son lugares de pasada
donde estorba
quedarse.

El corazón gitano,
de golpe se me ha puesto
a llorar;
quisiera regresar
a sus calles eternas.

Pero las alas están rotas
y está probado amargo mar.

La nostalgia es espesa
como niebla,
marea,
hace llorar...

Pero las alas están rotas
y está probado amargo mar.

4

En las ciudades grandes las gentes
no se saludan de una acera a la otra.
Pasan empujándose, sin verse
soñando en sus negocios y relojes.

Son bultos elegantes y ligeros
de cabello impecable y sonrisas iguales.
Las gentes de las grandes ciudades no tienen rostro;
leen revistas que se editan por millones
ríen en los teatros a compases medidos,
siempre sujetas a sus calendarios y relojes.

Cuando llega el verano
salen en caravanas
buscando cambio y distracción,
pero llevan consigo su fiebre ciudadana
y todo lo que tocan se transforma
en gigantesco pulpo
donde la clara soledad es imposible.

La gente de las grandes ciudades
se acuesta con su sombra
la perfuma y desodoriza

la limpia de toda pureza posible
y así duerme con el oído atento
para escuchar el despertador al otro día.

En las grandes ciudades
también hay zonas obscuras
donde la policía se bate a tiro
de pistola con maleantes cada noche.
En esa zona tú no sabes
si eres culpable o inocente
y de nada te ha de valer tu carné universitario.
Luego están los suburbios miserables
donde nadie se trata de «señor»
porque es inútil
disimular lo que todo el mundo sabe.

Pero las grandes ciudades se caracterizan
sobre todo
por sus letreros luminosos
sus automóviles lujosos
sus centros de atracción turística
sus mujeres calcadas
—y, amigo, hay que adaptarse a toda vida.
¡Esta es la gloria!—.

«Mi país también tiene grandes ciudades,
es menester que se lo tome en cuenta
en el consenso universal de las naciones».

Sobre mi cabeza pasan rugiendo
los trenes victoriosos.
Millones de gentes atisban
el panorama desde las ventanillas.
En los andenes se distribuyen
por todas direcciones,
atentas a sus programas
y relojes.

5

Busco algo así
como el canto del gallo
que atraviesa de un flechazo
la espalda de la noche.

Busco algo así
como caminos arenosos
un puñado de piedras en mi mano.

Algo así como un olor a tierra fresca
un anillo extraviado hace mil noches
y una.
Algo así busco.

Porque a decir verdad, no me convence nada
este vivir pendiente de las horas
y las fechas
en ciudades gigantescas y ruidosas
donde nadie ha de llorar
si es que te pisa un carro.

Busco algo así
como un mejor motivo
para usar mi voz
que decir: «Mozo, la cuenta
por favor».

Oh heredades perdidas por el hombre.
¿Dónde vas con tu hastío?...
Busco algo así como un anillo extraviado hace mil noches
y una.

6

Barquito mío, te mando
que vayas a dar muy lejos:
allá donde las espumas
parecen uñas del viento
allá donde las orillas
copian azules reflejos
de cielos puros y casas
donde viven hombres buenos.

Barquito mío, te pido
que vayas a dar muy lejos.
No te quedes estancado
en estos pantanos negros
donde toda flor se hunde
donde pesan los silencios
y es pecado andar alegre,
con el corazón abierto,

que le clavarán cuchillos
solo por ganas de hacerlo
y le punzarán agujas

por ver su sangre corriendo
y reirán a carcajadas
de verte solo en un puerto
que no es el tuyo, contando
la soledad de tus huesos.

Barquito mío, te mando
que vayas a dar muy lejos:
donde lave de cristales
la sangre de mi pañuelo,
donde un sol tibio derrita
de mi sonrisa los hielos
y verdeen los caminos
de mi corazón reseco.

Barquito mío, te pido
que vayas a dar muy lejos:
o en madrugada amarilla,
aceitoso y mal oliendo,
verás a mi corazón
morirse sin más remedio:
Náufrago en isla de bocas
esquivas y turbios gestos;
luchando por mantener
encendido algún lucero...

Llévame pronto, barquito,
llévame barco, ligero
allá donde las espumas
parecen uñas de viento.

7

Esta necesidad
de mar y de pan,
es grande.

Marca una arruga
vertical en mi frente,
implacable.

¡Oh el pan y el mar entrelazados
al fondo de mi angustia!

Pan con olor a pan,
hecho por manos
que aman.
Mar de eterna pregunta,
mar con la boca siempre llena
de agua.

Esta necesidad
de mar y de pan
es grande.
Mis huesos necesitan
la sal del mar;
mi piel su espuma.
Mi boca necesita masticar el pan
hecho por manos
que aman.

¡Oh el olor de la harina!
¡Oh el olor de la sal!
Violento olor a mar,
corola ávida
de ofrendas.

¡Oh las mieses doradas
las espaldas cansadas
la sonrisa,
espiga clara!

Esta necesidad
de mar y de pan
es grande;

grande como mis brazos abiertos
a la ciudad cerrada
con cuatro llaves.

Hay que escapar, buscando
la mejilla morena del pan
rodando;
el abrazo gigante del mar
lejano
hay que escapar
hay que escapar,
¡gritando!

8

El calor es un dios gordo, rechoncho
que sentado en el aire frente
de mi ventana
abre su boca
y exhala
un sopor asfixiante y redondo.

Los dientes del dios monstruo
son amarillos
y poderosos.

El dios sueña la siesta
y no le importa
que yo me achicharre en esta pieza,
jadeante con su aliento.

La tristeza
que merodear suele mis calles,
toma cuerpo
esta tarde;
ante su influjo
parece
materializarse
en un pulpo gigante y pegajoso
que me abraza
y me asfixia
y extrae lágrimas
verdes de mis ojos
y sollozos
recortados
de mi pecho angustiado,

y quiere convencerme
de un suicidio ventajoso.

Y es que el calor es un dios
monstruo
suelto
que acodado frente a mi ventana
exhala
su sopor
funesto
y me hace ver visiones
espejo sobre espejo
prisión sobre prisión
en la ciudad
chirriante.

Con los ojillos
minúsculos
perdidos en su cara rechoncha
y con la boca
abierta,
mostrando poderosos dientes
amarillos,
el calor es un dios

tranquilo
que goza de su siesta
y digiere con calma
la panzada de aire fresco
que ha comido.

9

Flores domesticadas en los ramos
en lugares exactos;
flores de rostro estático
primas hermanas de la brisa
que onduló vuestros tallos,
en vidrieras lujosas
os consumís soñando
con praderas
imposibles,
remotas...
¡ya no sois
ni vuestra propia sombra!

Flores perfectas, almidonadas, de regalo
tenéis

un rincón destinado
después de vuestra entrega.
¿Qué mano
os rozará, temerosa
de haceros daño?
Más bien será
por no volcar el frasco.
¡Tened en cuenta
que habéis costado caro!

Flores de rostro fotogénico
y largo tallo quieto
primas hermanas de la brisa
sobrinas de los vientos;
qué lejos
estáis de las salvajes
praderas
donde aprendisteis
luminosa danza de sol
y de luceros.

Olvidado para siempre
el secreto,
contempláis desganadas

la caravana
de narices que se acercan
a indagaros.
—Mande a esta dirección.
—Oh muchas gracias por el ramo.
—Rosas blancas y rojas.
—Muy bien, señor, se cumplirá el encargo.

10

Detrás de los letreros
hay gentes que respiran.
Grises gentes que se nutren
de luz artificial,
de mortal
languidez
y sofocante espuma
de palabras mil veces
repetidas.

Detrás de los letreros
están los verdaderos
personajes de la vida

contorsionándose, asfixiados por el denso
humo letal que expelen
la industria y el progreso.

Hombres en camiseta
gordas mujeres de pisada lenta
barren la esquina
vacían ceniceros
inacabables
se acuestan agotados
espalda contra espalda
fijamente
mirando
el resplandor de incendio
que en la pared reflejan los letreros.

Día tras día
las fechas del almanaque caen
se desgranan
sobre su frente triste
cuadriculada
de espesa propaganda.

Jugándose su suerte
a un buen vaso de vino

al partido de fútbol
en la televisión de los domingos,
desprolijos y ufanos
los abatirá la muerte.

Una canción y cuatro poemas

El espejo del Ángel

(Canción)

Con tus zapatos empolvados
rondas mi calle.
Veo tu sombra recortada
en mi ventana, al despertarme.
Y cuando salgo, siempre esquivo,
no osas mirarme;
pero tu cuerpo se estremece
y empalidece tu semblante.
Ya te conozco, huésped
de mis nocturnas soledades:
siglos atrás te dieron
el nombre de Ángel.
Cuando era niña, yo soñaba
otra tu imagen:
tenías alas hechas de oro
vestías túnica radiante.
Yo te sabía poderoso
sobre los males

y de tu mano atravesaba
ruta glacial, sin espantarme.
Pero una noche, en la tiniebla,
tú tropezaste
y yo seguí, perdido el rumbo
hundiéndome en charcos de sangre.
Y sola, conocí la tierra
de que no hablaste,
donde los sueños se derrumban
y es castigada nuestra carne.
Y ahora, huraño, envejecido,
vuelvo a encontrarte:
espejo de mi propia historia;
dura verdad que llena mi aire.
No fuiste tú quien me mintiera:
yo soy culpable
de haber leído erradamente
la obscura luz de tu mensaje.
Ya te conozco, huésped
de mis nocturnas soledades:
siglos atrás te dieron
el nombre de Ángel.
Yo sabía que tú existes
Ángel de la guarda

yo sabía que tú existes,
¿pero sabes? Yo quería
afligirte.
Yo sé bien que tus alas
son azules y tienen
reflejos de seda.
Que tus cabellos, lánguidos
te resbalan por la espalda
y los hombros.
Que tus ojos son dos mariposas
de oro.
Yo sabía; perdóname Ángel.
A veces nos ocurren cosas graves.
Yo sabía que tu pie estaba herido
cuando trepabas la montaña,
¡cómo sangraba!
Pero quería ver las estrellas desde arriba.
Perdóname, Ángel de la guarda.
Y apiádate de mi corazón
inmenso
tenebroso, y a ratos
con fulgores de incendio.
He barnizado tu silla
y perfumado el aire

para esperarte.
Después saldremos al patio
y cortaremos madreselvas.
Mi corazón ha cambiado
un poco.
No te asustes si a veces
sacudo el aire con mis manos
y lloro.
Oh Ángel de la guarda
yo sabía
que si no viniste
era porque se enredaron tus alas
en telas de arañas
malignas.
Perdóname por este corazón
absurdo.
Yo leeré las palmas de tus manos
te inventaré aventuras
y reiremos juntos,
¡sabes cuánto!
Y cada noche
me pondrás el menjurje del olvido
en la llaga.
¡Mira!

He barnizado
tu silla.
El ala rota
Esta noche recién caí en la cuenta
de que a mi Ángel
le falta un ala.
¿Desde cuándo
estará así?
¿Desde cuándo
siempre bordeando mi camino
rodeándome de esquinas blandas,
lo más suaves posible
mi Ángel venía herido?
Oh guardián
dulce enviado
para llevarme a destino seguro
cómo puedo ahora
descansar en ti mi fe.
Rota un ala
cuántas sendas habrás equivocado.
Con razón estos campos
me eran hostiles hace tiempo
y empañé tanto espejo
con mi llanto.

Traes la expresión grave
y el cansancio
te agita.
¡No te preocupes, sin embargo!
Sigamos
los dos maltrechos,
incoherentes
perdidos.
A algún sitio habremos de llegar
tarde o temprano.
Eres fiel, Ángel mío.
¿De qué sirviera
que intacto
luminoso, etéreo
te salvaras túolo?
Caigamos juntos
y olvidemos
el destino que nos fuera deparado
en los dominios
de Dios.
¿Sabes que es lindo
no tener mañana?
Infelices hay muchos, te aseguro
y la tierra de las sombras
es generosa:
no termina nunca.

En sus labios un dejo

Mi Ángel no tiene
la mirada alegre
y en sus labios un dejo
melancólico flota.
Es un rictus doliente
y a la vez asombrado
como el de un niño frente
a su juguete roto.
Mi Ángel desde hace tiempo
tiene el cabello hirsuto;
se le olvida peinarlo
como lo hacía siempre
con gesto desmayado
voluptuoso, gozándose
en su ondulado rizo
de caudalosa fronda.
Mi Ángel ya no concurre
a las exhibiciones
del crepúsculo ardiente
o de la noche maga.
Se queda pensativo

frente al vidrio empolvado
de las ventanas yertas
de párpados cerrados.
¡Oh mi Ángel! Mi dulce
compañero de siempre:
Tú partiste conmigo
el pan de las mañanas
y los caminos largos,
y la hierba y el sol
y el aire, y la fatiga
¡y los zapatos deslustrados!
¿De cuándo me contemplas
así, con ese gesto
entre amargo y ausente
de quien ya no es dichoso?
¿Dónde perdiste el oro
radioso de tus alas?
¿En qué lugar inhóspito
tu canción olvidaste?
Será que me contemplas
largamente, en las noches
y adviertes, mi mejilla
sin lumbre, impar, tan sola
que ya tu vuelo cae

que ya tus alas mueren
que ya no quieres, Ángel
mentirme el dulce arrullo.

Y el cuerpo encorvas

No sé si eres fantasma
visión, quimera, sueño.
Más sé que traes rotas
las alas, y que el cuerpo
encorvas, caminante
que bajaste del cielo.
Ya tu luz, esa aureola
rodeando tus cabellos;
ese girar dichoso
de tus flotantes velos;
esa sonrisa niña,
se han trocado en recuerdo.
Ahora soy yo, que a ratos
conmiserada, vuelvo
la cabeza a buscarte,
pues caminas muy lento
y a trechos te detienes
sin motivo, viajero.
Oh estatua mía rota
oh fulgurante espejo
que te fuiste quebrando

a los golpes del tiempo
¡oh huésped bienamado
que sabía perfecto!
No sé cómo caíste,
qué destino agorero
te forjara sensible
como un ser de este suelo
para así despojarte
de tu vestido etéreo.
Que ahora me dueles, Ángel,
más que mi propio duelo;
pues tú habitar solías
en regiones del sueño
y te has trocado en carne
adherida a mis huesos.

Yo sabía que tú existes

Ángel de la guarda
yo sabía que tú existes,
¿pero sabes? Yo quería
afligirte.

Yo sé bien que tus alas
son azules y tienen
reflejos de seda.

Que tus cabellos, lánguidos
te resbalan por la espalda
y los hombros.



Colección
Lima Lee

